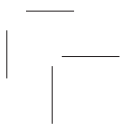


El último viaje del  
**Valbanera**

Carlos González Sosa





1

# La Habana

1940



Alberto se bajó del tren, miró a su alrededor, dejó un momento en el suelo la pequeña maleta que llevaba consigo y se colocó el sombrero. La Estación Central de La Habana era un hervidero de gente. Cientos de personas caminaban de acá para allá en aquel inmenso edificio colonial.

Tras inspirar hondo, volvió a coger su maleta y salió de allí. A pasos raudos se dirigió hacia El Malecón, aquel muro interminable que había convertido La Habana en uno de los lugares más románticos de Cuba. Mientras caminaba entre sus calles estrechas, sonrió para sí, levantando la vista hacia el cielo. Había oído que en aquella ciudad habían hecho las calles estrechas para evitar en lo posible el sol abrasador que durante casi todo el año reinaba en las alturas.

Cuando llegó a la gran avenida, se acercó hasta el borde del muro, tras sortear algunos de aquellos maravillosos coches de capós abultados, y contempló el mar.

La vista era maravillosa. El sol trataba de esconderse ya en el lejano horizonte, y teñía el agua de tonos violáceos. En un extremo de aquella muralla se alzaba uno de los fantásticos castillos de La Habana.

Alberto se volvió, estiró de manera distraída los tirantes de sus pantalones, cogió la maleta y comenzó a caminar por la larga avenida, al amparo de una hilera de antiguas casas de colores que hacían aún más bello el Malecón.

Tras preguntar a varias personas, encontró al fin un hostel que le habían recomendado cuando salió de Santiago de Cuba: La Perla.

Entró, solicitó una habitación y, cuando ya se encontraba en ella, dejó a un lado la maleta, tiró el sombrero a la mesilla de noche, y se derrumbó sobre la cama. Había sido un largo viaje.

Solo entonces, con las manos tras la cabeza, mirando aquel techo pintado de cuadrados y rectángulos entrelazados, se dejó vencer por un sopor irresistible. Ya habría tiempo para una ducha por la mañana.

2

## El limpiabotas



Había amanecido hacía ya horas. Desde que los primeros haces de luz se colaron por los altos ventanales, Alberto se había levantado y, tras una ducha rápida, había salido a buscar un lugar en el que desayunar.

Ahora caminaba por aquella concurrida avenida a la que todos llamaban El Malecón, con un bocadillo en una mano y un café con leche en la otra. De fondo se oía la música con la que ya a esas tempranas horas de la mañana un joven artista deleitaba a los transeúntes, ayudado tan solo con una especie de guitarra de tres cuerdas dobles.

Alberto se acercó al músico y este le sonrió, sin dejar de recitar aquel punto cubano que relataba la historia de amor entre una mujer de Santiago y un hombre llegado desde Canarias.

—Máximo Francisco, para servirle —lo saludó el músico cuando hubo terminado la canción, mientras le

acercaba el sombrero que se acababa de quitar, invitándolo a colaborar con una monedita.

Alberto buscó en sus bolsillos y sacó un billete.

—¡Mu... muchas gracias, señor, se lo agradezco!  
—tartamudeó el músico, sorprendido con la generosidad del joven.

—Ha sido precioso. Soy yo quien le da las gracias  
—le contestó Alberto, sin siquiera imaginar que aquel hombre, algunos años después, llegaría a convertirse en una leyenda en el mundo de la música, bajo el seudónimo de Compay Segundo.

Luego le hizo una leve reverencia y continuó caminando hasta un limpiabotas que se había instalado junto a un banco cerca de la costa, bajo un frondoso árbol.

Aquel hombre parecía tener mil años. Su rostro estaba surcado por infinidad de arrugas, y sus ojos almendrados se enterraban entre ellas, profundos y oscuros como el mar. Se sentaba en un pequeño taburete, junto a su caja de madera, en la que guardaba todo lo que necesitaba para su trabajo. En la parte superior de aquella caja de madera había una pequeña plataforma metálica donde sus clientes apoyaban los zapatos para que se los limpiase.

—¿Desearía usted tener los zapatos más limpios de toda Cuba, señor? —le preguntó el anciano.

Alberto se quitó el sombrero.

—De toda La Habana sería suficiente —aseguró, antes de sentarse en el banco y apoyar uno de sus pies en la plataforma de metal.

El anciano sonrió, y procedió a abrir un lateral de la caja y sacar de ella una tira de tela. Luego extrajo también un cepillo y un pequeño frasco. Era su primer cliente del día.

Alberto levantó la mirada hacia el robusto árbol, que extendía sus ramas como un paraguas a su alrededor, cargadas de hojas y de unas hermosas florecillas blancas.

—Usted no es de por aquí, ¿verdad, joven? —preguntó el anciano, mientras añadía un poco de crema al paño.

—No, vengo de Santiago.

—Me refiero a Cuba. Diría que no es usted cubano.

—Y no se equivoca. Nací en Canarias, al otro lado del Atlántico. Pero llevo ya muchos años aquí. Ni siquiera recuerdo ya cómo es mi tierra.

—Y ¿qué le trae de Santiago a La Habana, si no es indiscreción?

Alberto a punto estuvo de contestarle que por supuesto que era indiscreción, pero imaginó que era parte del trabajo del limpiabotas: entretener al cliente.

—Tengo negocios en Santiago, con mi hermano, y queremos... expandirnos.

—Es admirable en un hombre tan joven. De todos modos, mala época ha elegido usted para expandir su negocio: demasiada inestabilidad —Al ver que Alberto asentía con la cabeza, continuó—. Y esto no parece que vaya a cambiar. No, señor. La influencia de los gringos sigue siendo muy fuerte. Y dicen que con la nueva Constitución no vamos a mejorar —Alberto enarcó una ceja, y el anciano le explicó por qué sabía tanto—. En mi trabajo se entera uno de todo. Cada caballero que apoya sus zapatos en mi caja me cuenta algo nuevo. Y al final del día, bueno... uno está al corriente de lo que ocurre.

—Ya veo. Sí, esta situación nos está afectando a todos. Pero es tan buen momento para ampliar el negocio como cualquier otro.

—Pues le deseo mucha suerte —le aseguró el anciano, empezando a extender la crema con el paño.

En aquel momento, una indigente se acercó a Alberto. Su aspecto desaliñado, su forma de caminar, encorvada, y sus ojos, profundamente tristes, hacían que pareciese casi tan mayor como el propio limpiabotas, pese a que este la aventajaba mucho en años.



—Por favor, buen hombre, ¿me ayudaría con una monedita? No tengo nada que comer.

Alberto sintió una extraña compasión. Y no era porque otras veces no la sintiese. Al contrario, siempre le habían dicho que tendía a ser demasiado compasivo. Pero esta vez había sido diferente. Los ojos tristes de aquella mujer le habían llegado al alma.

Sacó unas monedas de uno de los bolsillos del pantalón y se las entregó. El roce de su mano lo hizo estremecer. La mujer permaneció un instante clavando sus penetrantes ojos azules en él y luego hizo un leve gesto de agradecimiento y se marchó.

—Es usted muy generoso —lo halagó el limpiabotas, mientras frotaba uno de sus zapatos.

—Quién sabe cuál es su historia, qué ha ocurrido en su vida para llevarla a esa situación —musitó Alberto, más para sí que para su contertulio.

—El Valbanera, eso es lo que le ocurrió. Como a muchos aquí —contestó el limpiabotas.

—¿El Valbanera? —El asombro del canario era evidente.

—Sí, ese barco que se hundió, el transatlántico —Al ver que Alberto no daba señas de haber oído nada sobre aquel navío, continuó—. Es una historia muy triste, sombría y trágica, pero digna de ser contada... y recordada.

Alberto tragó saliva, con semblante serio, y planchó con las manos el traje que vestía, dispuesto a escuchar.

—Hace ya once años, once largos años —comenzó el limpiabotas, sin dejar de lustrar los zapatos—. Esta no es solo la historia de un transatlántico que se hundió, no señor: esta es la historia de España, un país sumido en la pobreza, y, sobre todo, la historia de un archipiélago, el suyo, señor —puntualizó, levantando por un momento la mirada hacia él—, un archipiélago que vivía en la más absoluta miseria. Es la historia de un pueblo que se vio obligado a emigrar a estas tierras en busca de un... de un porvenir —concluyó, con tristeza—. Corría el año 1919...